

# DEAMBULANDO

Érase una vez un cuento sin principio, que no se sabe cómo, llegó a tener final. Terminó incluso antes de empezar.

En un país muy lejano, que nadie podía alcanzar, pero que todos ansiaban, se escondía el tesoro más preciado: "la fórmula de la felicidad".

Se encontraba en el interior del bosque más profundo e inaccesible. Sólo había una manera para llegar a él sin enloquecer o perderse por los tentadores senderos que susurraban promesas falsas, pero para ello debías cumplir tres requisitos: abandonar toda compañía y ser tan solo escoltado por la más horrible soledad, prescindir de toda protección y adquirir la inocencia que solo los niños poseen.

Transcurrieron las décadas y al fin un hombre alcanzó la meta, no sin esfuerzo. Pero cuanta fue su sorpresa al descubrir que aquel lugar esta lleno de gente. Personas con la mirada fija en ningún lugar. Al principio intentó hablar con ellas, pero parecían no verle y continuaban vagando sin hacerle caso.

Se sentó en una roca y contemplo absorto a aquellas almas perdidas.

Al cabo de un rato se dio cuenta que entre todas esas sombras inexpresivas había algunas que daban salto y se reían, pero que eran tan pequeñas que pasaban desapercibidas entre el gentío. Eran niños pequeños. Uno de ellos se acomodó junto a él y se puso a imitarlo.

- ¿Qué haces? - inquirió el hombre al cabo de un rato.
- Quiero averiguar que es lo que miras tan concentrado - dijo éste resolutivo.

- En este lugar se supone que encontraría la felicidad, pero me siento igual. No lo entiendo. Tampoco que hago aquí.

El niño tras meditar unos instantes rompió el silencio hablando con tono tranquilo.

- Llevas aquí toda la vida, en este mismo sitio. Eras como todos los demás, en ocasiones despertáis de ese trance que os mantiene ausentes.

- ¿Por qué he despertado? - ahora tenía más dudas.

- Por lo mismo que los otros. Para encontrar la felicidad... el problema es que no sabes donde buscarla, por eso nunca la hallarás.

- ¿Pero está aquí? - insistió.

- Sí - suspiraba al igual que lo hubiera hecho un sabio anciano. Apoyó su manita en el hombro de su interlocutor. Había comprensión en su gesto y cierto aire de tristeza, después fue a reunirse con los demás niños.

Pasaron los días y el desdichado hombre no logró su objetivo. Empezaba a sospechar hasta de la realidad. De tanto centrarse en lo abstracto, dejó de ver lo tangible acabando por convertirse en lo que había sido anteriormente, otra persona más entre la multitud.

En la piedra que a aquel hombre le había servido de asiento había grabada una inscripción que citaba así: "Transitáis eternamente por la misma trampa sin daros cuenta que la felicidad está en vosotros mismos. Sois vuestro único obstáculo".

CARLA FERNÁNDEZ SENRA, 15 AÑOS  
IES La Rábida.  
Huelva